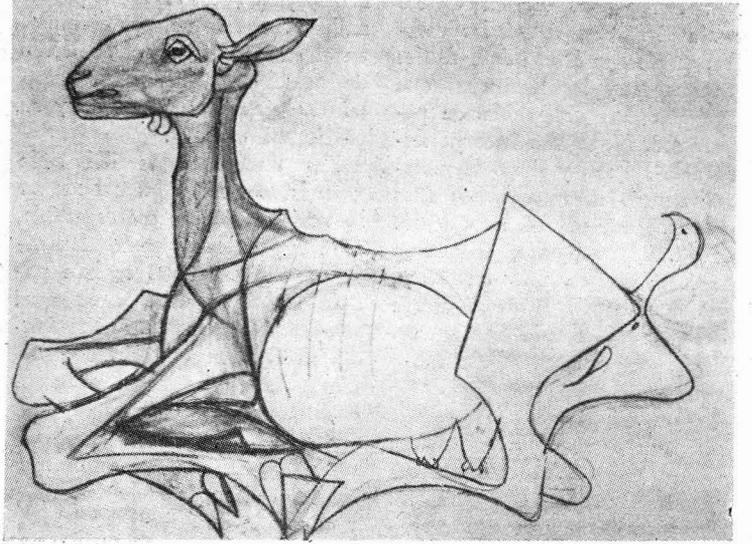


Bisonte yacente de la época glacial. (Altamira, España.)



Pablo Picasso: La cabra.

LOS pueblos se nos aparecen siempre en la historia como algo dado y concluso, como pájaros que al iniciar su vuelo dejan atrás nido y ascendencia. Cierta es también que, no siendo pájaro, el hombre se forja a veces una ascendencia como resultado de su deseo de tenerla; aunque no es menos verdad que lo hecho auténtica y valiosamente por los españoles ha sido distinto en cuanto a su estructura y a su sentido, de lo hecho y vivido por iberos, romanos y visigodos, en las tierras de la Península. \* Si las "viduras" de los pueblos fueran eternas y herméticas, no hubiera habido en la tierra sino una manera de hombre. Las "viduras" son múltiples, y están ahí como correlato del sentido unívoco, presente en el nombre de cada pueblo. No son los usos exteriores, sino la índole habitual

\* Estas páginas figuran en el libro: *La realidad histórica de España*, que pronto publicará la "Editorial Porrúa".

## VACIO Y PLENITUD



Alegoría de las Cruzadas. Fin del siglo XI. (Solsona España.)

de las decisiones interiores lo que confiere continuidad homogénea a la vida de un pueblo. Los usos de los españoles del siglo xv no son los de hoy; pero si oímos sus juicios sobre ellos mismos entonces y ahora, la unidad que los liga se manifiesta al punto. Mi historia, si alguna hay en mis libros, sería la de la conciencia del personaje España a lo largo de diez siglos. Los datos de vario carácter recogidos por mí sirven de indicio de cómo el español ha morado dentro de su propia vida, cómo se ha rebelado en ocasiones contra su destino, cómo ha intentado escapar a él. He concedido importancia a la confesión de algunos españoles muy representativos, para quienes su vida histórica en los últimos tres siglos se les aparece como una oquedad, privada de todo valor estimable. Lo impresionante para el historiador es que, si se sitúa uno al comienzo de ese tan desestimado período de tres siglos, se oye el vaticinio de quienes profetizan la ruina del pueblo al que pertenecen (justa-



Beato Juan de Avila



El niño de Vallecas

DE LA  
VIDA CIVILIZADA

POR AMERICO CASTRO

mente por eso) quienes lo han dado por exánime. Estos trenos, proferidos como un alternado canto, desde las opuestas márgenes de una pretendida vacuidad de tres siglos, ponen muy de relieve la extraña vida de un pueblo, afanado como ningún otro en vivir en una constante agonía de esperanzas y negaciones. Un procurador en Cortes decía al rey en 1617 "los vasallos se pierden haciéndose frailes y clérigos y las haciendas que nacieron con obligación de pechar a S. M. se van incorporando a la Iglesia, y si no se remedia, dentro de muy pocos años no ha de tener S. M. ni quien le sirva". Un religioso, Gerónimo de Zevallos, escribía en 1623, que a causa de la desmesurada extensión del estado eclesiástico, "se ha de perder de todo punto esta monarquía, pues es como una carcoma, que por pequeña que sea, deshace un madero". Por el mismo motivo notaba fray Luis de Miranda que "los lugares están casi todos des poblados y desiertos". Y añadía estas fatídicas palabras: "La monarquía de nuestra España por horas y momentos se va consumiendo y acabando, y moralmente hablando es imposible que dure si con suma presteza y diligencia no se acude al remedio" (1621).<sup>1</sup> Las órdenes religiosas se llevaban a "los hombres más valientes, más sanos, más gallardos, los de mejores rostros, los de mejor ingenio y habilidad, sin haber entre ellos un cojo, ni apenas un pequeño, ni feo, torpe ni ignorante... En el siglo [quedan] la hez y horrura de los hombres" (1646).

La plétora de frailes se hacía inevitable para quienes se sentían ser una casta privilegiada colocada en las cimas de un imperio mundial. Los frailes eran hidalgos a lo divino, que positivamente contribuyeron a la organización del imperio en tierras remotas, y a conservar la vida de los indios americanos.<sup>2</sup> Pretender que en España hubiese habido menos frailes significa no conocer la estructura y los rumbos de aquellas gentes; los frailes fueron en España algo comparable a los funcionarios federales en los Estados Unidos, que sobreadundan, con daño para el cultivo de los campos, y son a veces acusados de corrupción. El Imperio español era una institución religiosa; el horizonte de las inteligencias era totalmente religioso, y frente a él se sentía vivir la persona encerrada en sí misma, en apartado hermetismo, con plena conciencia, al mismo tiempo, de que la vida religiosa asfixiaba la vida secular, —una vida secular que nadie concibió en España como válida en sí misma, como una organización racional y razonable de estímulos humanos. Los críticos de los frailes no habrían sabido qué ha-

cerse en una tierra sin frailes; como auténticos españoles, los frailes que censuraban a sus cofrades hubieran querido ser ellos los únicos frailes, no por individualismo, sino por carecer de todo asidero objetivo fuera del área de su conciencia de sí mismos. El individualista europeo teorizó y objetivó su individualismo, y por tanto lo despersonalizó, como se ve, por ejemplo, en el en su tiempo célebre libro de Max Stirner, *Der Einzige und sein Eidenthum* (El único y su patrimonio), 1845.

Las lamentaciones del siglo XVII, las del XV o las del XX no han servido, como era esperable, para suprimir los males lamentados. Los españoles se han pasado los siglos increpando a su sombra. No queriendo ni sabiendo innovar el mundo en torno, los españoles se sorprenden de su inmovilidad. Mi tarea, por tanto, ha de consistir en intentar reducir a una unidad de sentido el objeto de la lamentación y el estado de ánimo del lamentante, y en tratar de ver las posibilidades de acción valiosas latentes, en otro tiempo o ahora, bajo lo que para el observador ingenuo sólo aparece como descarnada y antipática deficiencia.

Algunos han visto *determinismo* en mi modo de construir e interpretar la historia. Pero la verdad es que no estoy trazando cómo haya de ser el futuro de las gentes hoy llamadas hispánicas. He señalado en el mapa de la historia las direcciones que aquel pueblo ha decidido o preferido seguir. ¿Habría podido seguir otras? Ni lo sé, ni me interesa divagar sobre ello. Me he limitado a sugerir motivos plausibles para semejante curso humano en sus comienzos, y cómo, una vez adoptado, fué proseguido a lo largo de un milenio. He diseñado así una fisonomía humana, y la he llamado española. ¿Variarán los rasgos de esa fisonomía? Dios lo sabrá, yo no. Una cosa sí me parece cierta, a saber, que si los rasgos fisonómicos cambiasen hasta el punto de no ser identificables con los del presente retrato, habría entonces que no adjetivar como española la nueva fisonomía. Lo firme en mi construcción es que los presentes rasgos, las direcciones de vida, no se encuentran antes del siglo X en tanto que es evidente la presencia en nuestro tiempo de los rasgos ya existentes en el siglo X. Así reconocemos en ocasiones una semejanza indudable entre el rostro de un anciano y la fotografía de cuando era niño.

Llamar a esto determinismo prueba hasta qué punto son externas a la vida algunas ideas acerca de la historia. Todo concepto abstracto ("minorías", "challenge and response", etcétera) rompe su unidad al ser situado de veras en la historia

de un pueblo. Acabamos de verlo en el caso de las minorías. Por lo que hace al "challenge" histórico, véase cómo hicieron frente a la embestida musulmana los habitantes de Iberia, de Francia y de Italia; el "challenge" vale aquí como un común denominador mientras que la respuesta fué peculiar y única. Así acontece siempre. El carácter de la respuesta depende de la estructura vital de quienes responden.

Al llegar a este punto es inevitable enfrentarse con el problema de cuál sea el *valor de la historia hispana*. La cuestión es complicada; planteá-sela en serio implica supuestos tan problemáticos como la pregunta misma. Desde luego que para mí, sea o no demostrable, es evidente el alto valor de la civilización española, pues en otro caso no hubiera escrito el presente libro. La mera existencia del pueblo español vale ya, sin más, como una obra de arte, como la prodigiosa novela de un personaje histórico sin análogo: nacido en angustia, seguro y vacilante en su conciencia de sí mismo, nunca conoció instantes de serena plenitud; su vida ha consistido en una alternancia de letargos y sobresaltos, y hasta en juzgar vacíos o irritos unos cuantos siglos de su historia. Un hecho así es único y, para quien percibe su sentido, admirable.

Consecuente con la idea de que la historia consiste, ante todo, en una pluralidad de modalidades, pienso que el valor de una historia no debe ser estimado según un solo patrón de valores. No existen criterios jerárquicos que permitan decidir cómo haya de ser la vida de los pueblos, en un modo universalmente válido. El hombre es el "subjert divers et ondoyant", que dijo Montaigne, y continúa siendo "malaysé d'y fonder jugement constant". No hay unanimidad sobre cuál sea el motivo de venir el hombre a este mundo, de desaparecer al cabo de cierto tiempo, de esforzarse por subsistir y sobrevivirse, y de aniquilarse unos a otros. La razón del hombre naufraga en este caso como en tantos otros. No obstante lo cual se pretende, con vana arrogancia, predecir la historia mediante un sistema de causas y efectos, razonarla como una realidad física, o como un proceso dirigido hacia una última y universal perfectibilidad, siguiendo el rumbo del progreso científico e industrial de la cultura de Occidente.

Es muy natural que, al lado de las culturas europeas, la historia española aparezca como una forma de vida aberrante y descarrada en absoluto. Sobre ella se ha proyectado la melancolía de los españoles y el desdén de los extraños. Se han arrojado sobre

España todos los improperios: primitivismo, atraso, pereza, invertebración, fanatismo, etc., etc. Pero la realidad de España no se aclara así, ni tampoco mediante la concepción trágica de la vida tan grata a Unamuno, pues aunque aquélla sea en él de raíz hispana, deja en paréntesis la concreta realidad histórica de España.

Hace medio siglo no se hubiera podido presentar la historia española sino como deficiencia y descarrío frente a la plenitud de la cultura, y casi como nada más. No había discusión entre ambos términos, sino entrega incondicional por parte del más débil. Las universidades europeas habían difundido el saber riguroso, la "Bildung" que haría posible el ideal de la Humanidad construido por los románticos alemanes. Los conocimientos de toda clase se han hecho luego inabarcables, la mortalidad ha disminuído, hay más gente que nunca sobre la tierra y el bienestar medio en algunos países supera el de los palacios reales en el pasado. Al mismo tiempo el valor del hombre como conciencia de sí mismo retrograda, e incluso ciertos resurgimientos religiosos tienden más a conquistar poderío, que a centrar al hombre en lo que en él es único e inconmensurable. Nunca hemos vivido más ausentes de nosotros mismos. En vastas regiones de la tierra, diferentes tipos de inhumanidad dejan en sombra la de Atila, la de la Inquisición española o la de las guerras y conquistas de otros tiempos. Ideas y creencias no atajan el mal de toda índole; las rivalidades de los pueblos se fundan en la defensa del propio interés, no en altruismos. El cristianismo continúa sin hacer cristianas a las gentes, según ya observaba Luis Vives en el siglo XVI; ni tampoco consiguen las universidades y escuelas (en número creciente) corregir la tendencia a la vulgaridad, pues la llamada "educación" tal vez la fomenta. T. S. Eliot ya ha dicho sobre esto lo necesario.<sup>3</sup>

Tan enorme situación ha de incorporarse en los juicios actuales acerca del valor de los pueblos y de sus historias, juicios menos obvios de lo que se cree. Es inducible que el no interesarse en qué sea la realidad en torno al hombre hace difícil el vivir, pero no es menos atroz que el hombre se convierta en un observador desalmado frente a la realidad cuyo ser averigua y define. La cultura entonces se vacía de sentido, ya que en sí misma, como "cosa en sí", no es nada. La cultura es lo que el hombre haga con ella y viviendo en ella. Por miedo a esto último, muchos estudiosos suelen ocupar su atención en los aspectos más exteriores e insignificantes de las

(Pasa a la pág. 8)

(Viene de la pág. 2)

obras humanas, y surge así la situación descrita por T. S. Eliot —escribir, enseñar y aprender vanidades. Al mismo tiempo que esto, puede practicarse en ciertos países el asesinato y el suplicio, muy fríamente calculados, de millones de hombres.

Escribía el alemán Erich Kahler en 1937: "En ninguna parte se han expresado pensamientos más altos, más puros, más radicales [que en Alemania]; en ninguna parte han sido los pensamientos más radicalmente ineficaces" (*Der deutsche Charakter in der Geschichte Europas*, pág. 39). La situación, en este caso, sería inversa a la de España; en ésta, mucho personalismo y pobres ideas; en Alemania, grandes ideas y escasa personalidad. ¿Mas hubo alguna vez plena e integrada armonía entre ambos extremos? Si el cristianismo no cristianizó al hombre, ¿cómo podría la plétora de escuelas y libros crear abundancia de personas inteligentes e interesantes, humanamente hablando? La magnitud exterior del volumen no afecta aquí a la densidad de los contenidos.

Es muy comprensible que algunos alemanes de clara mente hayan percibido la gravedad de este problema. Decía Georg Simmel en 1911: "La obra de arte es un valor cultural inconmensurable por no haber en ella la división del trabajo, o sea, porque lo creado conserva al creador en íntima unión consigo mismo. Lo que en Ruskin pudiera parecer odio a la cultura es en realidad la pasión [el calvario, diríamos] de la cultura; la división del trabajo deja sin sujeto el contenido de la cultura, le impone una objetividad sin alma, desgarrada del proceso mismo de la cultura. Esta se liga a la objetividad de sus contenidos siguiendo una trágica evolución; esos contenidos acaban por entregarse a su propia lógica, justamente por ser objetivos y escapar a la asimilación cultural por los sujetos... Lo amorfo del espíritu objetivado, en cuanto totalidad, imprime a su evolución una velocidad respecto de la cual el espíritu subjetivo va quedándose cada vez más rezagado" (*Der Begriff und die Tragödie der Kultur*, en *Logos*, 1911, II, 24).

Otro alemán de alto rango, Ernst Cassirer, se enfrentó, treinta años más tarde, con el inquietante problema suscitado por Simmel: "La duda y las objeciones a que da lugar la cultura mantienen todo su peso. La cultura es dialéctica por ser en verdad dramática. No es un simple acontecer, un tranquilo discurrir, sino un hacer que siempre se plantea de nuevo y cuya finalidad nunca es segura. No cabe dejarse llevar simplemente

por un ingenuo optimismo, o por una fe dogmática en la 'perfectibilidad' del hombre..." Tal es el drama que Simmel ha querido describir, aunque no ha visto en él, por decirlo así, sino dos personajes: de una parte la vida, de otra el reino de los valores ideales, objetivos y válidos en sí mismos. Ambos factores nunca coinciden, ni se interpenetran plenamente. A medida que avanza el proceso cultural, lo creado por él va haciéndose enemigo de su creador... "Sería vano negar estas tragedias, o soslayarlas mediante consuelos superficiales. Cabe, sin embargo, ver en ellas otro aspecto si se prosigue hasta el fin la vía aquí abierta, ya que al final de ella no se halla la obra en cuya pertinaz existencia se estanca el proceso creador, sino el 'tú', el otro sujeto que recibe esta obra, la encaja en su propia vida, y vuelve a convertirla de nuevo en el medio de donde procede originariamente. Sólo entonces se ve de qué solución sea capaz 'la tragedia de la cultura'. Hasta que el 'contrincante' (*Gegenspieler*) no surja como un otro Yo, no puede cerrarse el círculo... El proceso de la cultura consiste en ser inagotable en su capacidad de suscitar tales intermediarios" (*Zur Logik der Kulturwissenschaften*, Göteborg, 1942, págs. 119-121).

Es cierto cuanto dice Cassirer;

la riqueza inagotable de la cultura manifiesta en la riqueza de sus "Renacimientos" en los individuos o grupos humanos que la reinterpretan. Las visiones de la Antigüedad, desde Petrarca hasta Goethe, valen como espléndida renovación, y no creo que Simmel ignorara esto. Mas la cuestión parece ser otra. Las obras individuales de cultura se renuevan a igual altura de valor en algunos casos, y en otros no. Aristóteles renueva a Platón, Calderón a Lope de Vega, Racine a Corneille; pero las obras de Homero, Dante, Cervantes, Shakespeare y Goethe no han hallado aún un "contrincante" digno de aquellos creadores. Añádese a esto una dificultad de otro tipo que sale al paso cuando los valores culturales se hacen accesibles a los más. El cristianismo, manso y dulce en su fuente, ha hecho verter torrentes de sangre, tan inocente como la de sus mártires. Vino luego la idea democrática, versión secular del cristianismo, y acogida como un nuevo Evangelio. La democracia ha permitido organizar la vida colectiva en algunos países, y hacer a muchos materialmente dichosos; la vida de la comunidad, sin embargo, ha prosperado a costa de empobrecer el contenido humano de los individuos, —su originalidad y su expresividad. La democracia racionalista del siglo XVIII,

multiplicada por el idealismo hegeliano, ha venido a parar en los sistemas totalitarios y en sus horrores sin ejemplo, precisamente por afirmarse sobre principios culturales, fríos y bien calculados.

El tremendo problema no existiría, si la cultura se hubiese mantenido como la floración aislada de algunas vidas excepcionales. Esto es impensable. La cultura es asimilable y revivable, según dice Cassirer. Cuando la cultura produce cualquier objeto materialmente útil (un teléfono, p. e.), tales creaciones no se integran en las vidas de sus usuarios. Mas cuando la cultura consiste en ideas, creencias y sentimientos expresados, los receptores de todo eso acaban por degradar su sentido originario, por alto que fuere, y a la postre lo pervierten completamente. Las tradiciones, cuando manan de una cima, suelen triturar más que realzar los valores —un hecho que hay que aceptar sin entristecerse, y sólo para tenerlo a la vista.

La falta de correlación entre los altos valores del pasado y la manera de vivir las más de las gentes en aquel pasado se ha atribuido a la ignorancia de las "edades oscuras", a superstición, dureza de alma, etc. Tal explicación falla en nuestro tiempo, plétórico de escuelas y de libros, de "cultura", y con una tradición de cuatro milenios de humanidad al alcance de cualquiera. No ha mucho clamaba Sir Richard Livingston: "Who thirty years ago would have believed a prophet who said that civilized people would be capable of the persecution of the Jews, the horrors of the concentration camps, the barbarism knowing neither justice, nor mercy, nor truth... How astonishing we say that such things could happen in the 20th century" (*Leadership in Education*, 1950).

Hay que afrontar la realidad del hombre tal como ella es, sin caer en el nihilismo, solución ingenua e ineficaz. El hombre es como es, y serenamente hay que entender y expresar lo que es. El contraste entre cultura y vida (esperanzas y realizaciones) lamentado por Sir Richard y por las víctimas incontables de toda forma de inhumanidad ha existido siempre; llama ahora la atención por creer que la vida ha llegado a un maximum con la ciencia, el bienestar material, el retraso de la muerte y con la mejora de la condición económica de los más en ciertos países. Obsérvese, no obstante, que el progreso fabuloso de las ciencias no resuelve los problemas que el hombre se plantea a sí mismo cuando se enfrenta con la conciencia de su propio vivir. El hombre destruye y maltrata a

(Pasa a la pág. 28)

EXITO

SEGURIDAD

Terminar una carrera profesional con EXITO, significa: Fuerza de voluntad, sacrificios y esfuerzos.

Una Cuenta de Ahorros con esos mismos factores, le dará SEGURIDAD ECONOMICA.

Con ESTUDIO Y AHORRO, logrará usted realizar sus más caros deseos:

UN TITULO PROFESIONAL y el DINERO SUFICIENTE para poner el Despacho o Consultorio, donde ejercer su profesión con la dignidad que usted se merece.

ESTUDIE Y ABRA AHORA MISMO SU CUENTA DE AHORROS

BANCO NACIONAL DE MEXICO, S. A.

Institución Privada de Depósito, Ahorro y Fiduciaria.

—AL SERVICIO DE MEXICO DESDE 1884—

CAPITAL Y RESERVAS: \$ 93,462,931.56.

de aclarar las cosas. Se despidió de los alegres publicistas y se deslizo, con gran cautela, dentro de la redacción de la revista. Gabriel Rautenstrauch no advirtió (¿quién advertía nunca?) la entrada de Faustino al despacho; venía éste a "medios chiles", trayendo una humeante taza de café con leche, la más infame que pueda imaginarse.

—Como yo vide —empezó Faustino casi gritando con voz enronquecida— que 'bía luz aquí, dije: "No, a' i 'stá el señor Grabiél y posiblemente —hizo una pausa para colocar la taza sobre el escritorio— vaya 'necesitar un cafecito, ¡je, je!, pa' que no se duerma y pueda trabajar, ¡je, je!

Rauten, conmovido ante la generosidad de Faustino, agradeció cumplidamente el obsequio. Sin embargo, el brebaje era tan desagradable, que pensó echarlo por la ventana en cuanto saliera el visitante. El hombre salió, pero quiso la perra suerte que regresara "al ratito", cuando el intacto café había criado una repulsiva costra natosa. Faustino venía envalentonado, dispuesto a echar fuera sus cuitas y sus reproches; el ver que Rauten no había tocado la bebida, lo reprochó diciendo a pleno pulmón:

—No'stá enyerbado, puede probarlo sin miedo. Yo soy su amigo de usted, y no nomás de usted. También soy amigo de los otros señores periodistas porque ustedes son las gentes más decentes del edificio.

Por toda respuesta, Rauten echó un repugnante y enorme trago; Faustino sonrió con dificultad de borracho y dio unos pasos tambaleantes. Luego continuó, con la misma intensidad de voz, que resonaba en la redacción, amplia y fría:

—Ora pues los señores —señaló arbitrariamente a cualquier sitio— me ofertaron un trago, ¡je, je!, y yo dije, a' i que ofertarle al señor Rautentrau (abundantes aspersiones de saliva espesa) un cafecito pa' que pueda trabajar a gusto, ansina con el café no le da sueño.

Rauten, un poco alarmado por el retintín con que su visitante le hablaba del café, echó un sorbo y sonrió apuradamente. Faustino no parecía darse cuenta de las tribulaciones de Gabriel; dio unos pasos y se sentó, no sin trabajos, en un escritorio. Metió su mano morena entre la espesura polvorienta de su cabeza, y continuó su monólogo:

—Yo siempre sirvo con mi buena voluntad, y no ocupo que me anden dando centavos. 'Ora que a veces el señor director, el

licenciado, me daba mis dos, que mis tres, que mis cinco pesos, y me decía, me decía... "Toma, Faustino, pa' que compres ropa pa' ti y pa' tus hijas". Yo le decía: "Muchas gracias, señor licenciado". Y mire —dijo, amenazante—, yo por ejemplo esas niñas que ve usted a' i —volvió a señalar vagamente hacia atrás— no son mías; una es de un soldado que está muy malo y la otra es de uno que está muy pobre... (Rauten bebió confiado). ¡Ah, porque yo anduve en la Revolución! Pero eso sí, pa' qué le voy a decir: yo fui soldado raso nomás. A mí no me gusta echar mentiras como a otros desgraciados, que a l' hora de l' hora eran puros argollones pero eran muy buenos pa' pedir la cinta que de cabo, que de sargento segundo, que de primero, que de oficial y hasta de general. Yo pelié por Tamaulipas, con mi general González; éranos del Cuerpo de Ejército del Noreste. Pos yo la verdad no sé si una bala perdida mía haiga matado a un cristiano; pero eso sí: yo le aseguro que no tengo que cambiarme el nombre ni el apelativo, porque en la guerra no hay más que tirar a dar. Me hirieron cuatro veces aquí —y se llevó a la cabeza cuatro dedos, abiertos en abanico—, pero no me morí.

A Gabriel empezaba a cansarle el relato; Faustino hablaba sin parar, sin matizar su charla. Era necesario terminar un informe y aquella intromisión estorbaba. Con precaución al principio, y cada vez con mayor aplomo, se puso a escribir; ocasionalmente levantaba la cabeza y sonreía a su visitante. Faustino, a quien el recuerdo de los hechos de guerra había inyectado nuevo y extraordinario entusiasmo, saltó de su asiento y corrió a esconderse detrás de un escritorio; parapetado desde su improvisado fortín, inició un espantoso tiroteo sobre un enemigo que se desplegaba por todo el frente. La "aición" era reñida; en un violento contraataque, el revolucionario tuvo que abandonar su escondite y meterse entre las complicadas patas de la mesa de dibujo; allí pudo emplazar una ametralladora y barrer al enemigo que se había "afornicado" detrás del pilar. Mientras, el general "especulaba con sus vedrios" desde una loma. Los "pelones" gritaban como locos, los "ofeciales" alenaban a la tropa, los heridos "nomás se quejaban: ¡ay, pelones hijos de la tiznada, ya me dieron!" y la caballada relinchaba espantada. Rauten sufría resignado la granizada de balas, estruendos, gritos, carreras y deslizamientos, interjecciones, etc., como padre amoroso y paciente que deja jugar en libertad a su inquieto escuincle.

(Viene de la pág. 8)

sus semejantes, dentro y fuera de su país, como en las épocas llamadas bárbaras, porque la voluntad se da a sí misma sus propias leyes. Las posibilidades racionales de la cultura son cada día más fecundas, mientras la capacidad de crear nuevos valores imponderables, o siquiera de conservar vivos los ya existentes, no crea un curso continuo y progresivo. El hombre pensante y el hombre sensible a los valores de tipo más alto (válidos en sí y absolutamente) no marchan nunca paralelos, y el contraste entre ambos es hoy mayor que nunca. Se estiman las cosas exactas y útiles hechas por el hombre, pero el hombre mismo es algo cada vez más anónimo y vulgar. No se inventan ya altos estilos de vida humana en que el hombre vale por lo que es, y que sirvan de continuación al ideal del santo, del caballero, del "honnête homme" o del gentleman. Ni tampoco hay nuevos y auténticos estilos artísticos, pues los más originales de nuestro tiempo lo son por reflejar, justamente, el caos y la falta de fe en sí mismo en que el hombre vive.

Así pues, mientras unas posibilidades de la cultura van hallando cultivadores eficaces, otras caen en suelos estériles. La verdad matemática se va reali-

## VACIO Y PLENITUD DE LA VIDA CIVILIZADA

zando en la exactitud del invento industrial, mientras la "verdad" de la obra de arte o de la conducta ejemplar permanece estancada; el motor del automóvil realiza la física de varios siglos, cada vez más perfecta, pero puede en cambio acontecer que el inventor del aparato y quien lo utiliza posean unas vidas vulgarísimas, sin relación alguna con los valores exquisitos creados antes por otros hombres. La vida ofrece así impresiones cómico-trágicas, algo como si el físico montara su nuevo aparato de precisión sobre la carreta de bueyes de quienes, en cuanto hombres, no rebasaron aquel estadio. Incluso puede acontecer que la enseñanza de los valores de la cultura esté a cargo de quien, como persona, sienta muy a destono con lo que enseña. Tal es la estructura de la vida, ahora y antes, y carecería de sentido enojarse con ella no teniendo el hombre nada mejor con que compararla.

La cultura, presente como "espíritu objetivo", encierra larvadas posibilidades de barbarie, no vistas como tales por quienes han dejado adormecer la conciencia de sí mismos. Es lí-

cito preguntarse entonces si debe considerarse como mero "atraso" cultural una forma de vida cuyo tema sea, no el fomento de la cultura objetivada, sino el trabajo sobre la propia conciencia de estar existiendo como persona "absoluta", en continua y sobresaltada vigilancia de uno mismo. Este vivir en sí mismo, hace a la persona sentirse como extraña y perdida al instalarse en "lo otro" del mundo, en donde corre el riesgo de dejar de ser ella, sin llegar a situarse plenamente en "lo otro". Es lo que los españoles han sentido mientras se oponían a la "novedad" de fuera, y lo que inquietaba a Don Juan Manuel en su íntima declaración. La persona vive en cuidadosa da de su propia integridad, lo cual lleva al drama de quedarse sin mundo, ni más ni menos que las formas de vida llamadas progresivas, llevan al drama de quedarse sin conciencia de persona. Unos y otros caminos conducen a cimas de gran valor y a abismos de miseria; ambos, sin embargo, son perfectamente humanos, y quién sabe si no valdría más para el historiador entender correctamente el funciona-

miento de esas opuestas maneras de vida, en lugar de insistir tanto en lo que en ellas hay de tragedia, de atraso o de primitivismo.

1.—Estos y muchos más textos se hallan en A. G. de Amezcua, *Lope de Vega en sus cartas*, II, 217 y ss.

2.—Marcel Bataillon ha escrito sobre esto unas páginas precisas y luminosas; triunfó a la postre, en América "el espíritu de la conquista pacífica" (*La Vera Paz. Roman et Histoire*, en "Bulletin Hispanique", 1951, LIII, 235-300).

3.—"Education becomes something to which everybody has a 'right', even irrespective of his capacity; and when everyone gets it—by that time, of course, in a diluted and adulterated form — then we naturally discover that 'education for leisure'— without means of getting on, and people turn to another fallacy: that of education is no longer an infallible having revised their notions of 'leisure'... The majority of people are incapable of enjoying leisure—that is, unemployment plus an income and status of respectability—in any but pretty simple forms—such as balls propelled by hand, by foot, and by engines or tools of various types; in playing cards... The uneducated man with an empty mind, if he be free from financial anxiety or narrow limitation... is, for all I can see, as well equipped to fill his leisure contentedly as is the educated man" (T. S. Eliot, *Modern Education*, en *Selected Essays*, Harcourt, Brace and Co., Inc., New York, 1950, pág. 453).